

**La Tentación. Una mirada desde Georges Bataille.**

Nayeli Pérez Monjaraz  
UNAM-México

En el vacío de sí se encuentra lo absolutamente otro  
Luis Villoro

Si bien, sabemos que nos enfrentamos a un entorno filosófico en donde la reflexión sobre la religión se ve atravesada, inevitablemente, por un fenómeno –como diría Martin Buber– el del eclipse de Dios. No obstante, es aún dentro de este ámbito en donde podemos hallar un tipo particular de experiencia que nos hace observar esa búsqueda insondable de lo humano: la de lo sagrado. Es esta vivencia la que nos sumerge en un deseo; aquel de encontrar un sentido *otro* de la existencia, es decir; de poder comprender aquello extraño e inconmensurable que nos constituye y que, sin embargo, no podemos asir a través de conceptos claros y definidos. Tal como señala Luis Villoro: “La religión proviene de una necesidad de responder a una pregunta fundamental: ¿cuál es el sentido de mi existencia, la mía, pero también la de todo lo que existe. La actitud religiosa nace de la necesidad de responder a esa pregunta: ¿qué sentido tiene todo?”<sup>1</sup> Es justo este cuestionamiento inherente a toda vivencia humana –y por ende a la reflexión filosófica– el que puede desbordarse en una experiencia paradójica en donde la búsqueda de la afirmación de *lo enteramente otro*, es decir, la de dar sentido a la vida misma no puede constituirse sin antes fracturar, disolver todo sentido anterior de la existencia. Pues, tal como advierte Villoro, es al superar la sensación del sinsentido del todo que, tal vez, “puede despertarse también la sospecha de que la vida y el mundo en ella no son absurdos”<sup>2</sup>.

No obstante, es necesario aclarar que no todos pueden ni quieren exponerse a esta experiencia ya que, como advertiría Bataille, ésta es la vivencia del quebrantamiento y del exceso del propio sentido del mundo. Sin embargo, algunos, ante esta posibilidad, se someten a la tentación de abrirse a ella, de jugar con sus límites. Es justo la tentación, aquella experiencia que acarrea la duda, la confrontación y, en algún momento, la decisión, la que abordaré en este breve texto, particularmente desde la propuesta hecha por George Bataille dentro de algunas de sus obras, como *La experiencia interior* y *El erotismo*.

<sup>1</sup> Villoro Luis, “Prólogo”. *El Dios de arena y otros ensayos*, México D.F, 2011, Opúsculo/Facultad de Filosofía y Letras/UNAM, p 9.

<sup>2</sup> Idem, p. 10.

Podríamos decir que uno de los temas que centra la discusión filosófica de Bataille, de la cual emergen diversos cuestionamientos en torno a la transgresión, la fascinación o el temor en la experiencia humana, parte de la noción de la incompletud y de la posibilidad del exceso. Es decir, tal como él mismo lo señala: “No lo somos todo, incluso no tenemos más que dos certezas en este mundo, esa y la de morir. Si tenemos la conciencia de no serlo todo como la tenemos de ser mortal, no pasa nada. Pero si carecemos de narcótico, se revela un vacío irrespirable [...] Si desfalleciendo en ese vacío, pero reuniendo valor, me digo: “Me avergüenzo de haber querido serlo, pues, ahora lo veo, eso era dormir”, a partir de entonces comienza una experiencia singular. El espíritu se mueve en un mundo extraño en el que coexisten la angustia y el éxtasis”<sup>3</sup>.

Aceptar la incompletud que nos define como individuos, mirar nuestra finitud, mirarla de frente, nos empuja a observarnos ante el *vértigo de un abismo*, ese abismo es –en palabras de Bataille– “la muerte, y la muerte es vertiginosa, es fascinante”<sup>4</sup>. La muerte es el punto extremo, se presenta como una posibilidad de la experiencia, es la experiencia del vacío, la experiencia del silencio; y no puede aparecer sino como la fractura de todo conocimiento en donde –diría Bataille– queda aún esta vivencia última, aquella en la que “todo se derrumba: incluso el edificio mismo de la razón, tras un instante insensato, ve disiparse su majestad; lo que subsiste, pese a todo [...] no calma el sentimiento vertiginoso”<sup>5</sup>. La muerte tiene –en la reflexión de Bataille– el sentido de aquello que el filósofo denominó *la continuidad del ser*, continuidad a la que se puede acceder sólo a través de algunas experiencias desbordantes desde las que es posible transitar de los límites de lo discontinuo de la individualidad, de su finitud, a lo continuo de la vivencia humana. Lo discontinuo, siempre dentro de los límites del conocimiento, va impregnado de un deseo contrario, el “de extraer de cada cosa la parte de lo desconocido que contiene”<sup>6</sup>. Es decir, la vida siempre está abierta ante la posibilidad de deslizarse en el sentido contrario, yendo de lo conocido a lo desconocido, puede desbordarse ante una experiencia que la deje en el punto ciego del entendimiento, ya sea a través de la poesía, el deseo o la risa. Y en este tránsito, justo en el momento de decisión entre la vida y la muerte, justo en el instante que define lo conocido de lo desconocido se presenta la tentación, un fenómeno en el que convergen la angustia y la fascinación.

Si bien, propone Bataille, en la vida, más allá de la monotonía de lo conocido, existe la posibilidad de verse arrojado al desequilibrio y a través de esta experiencia encontrarse en el punto extremo de lo posible, éste “supone risa, éxtasis, proximidad aterrorizada de la muerte; supone error, náusea, agitación incesante de lo posible y de lo imposible”<sup>7</sup>, es en este tránsito que se dibuja de lo

---

<sup>3</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior, seguida de Método de Meditación y de Post-scriptum 1953*. España, 1989, Taurus, p. 10.

<sup>4</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*. México, 2003, Tusquets, p. 17.

<sup>5</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior ...*, op.cit, p. 48.

<sup>6</sup> Idem, p. 155.

<sup>7</sup> Idem, p. 48.

discontinuo a lo continuo que, ante una crisis y confrontación del propio ser, se despliega la *experiencia interior* del ser humano y, dentro de sus posibilidades de acceso, podemos encontrar a la experiencia erótica y sagrada.

A continuación me interesa realizar un breve y primer acercamiento a la experiencia sagrada y erótica en Bataille debido a que a partir de éstas podré desarrollar una reflexión sobre la experiencia de la tentación.

Bataille habla de distintos tipos de erotismo: el de los cuerpos, el de los corazones y, finalmente, el erotismo sagrado, todos con distinciones indeterminadas dentro de una experiencia compartida en la que se sustituye el aislamiento de la discontinuidad del ser por un sentimiento de profunda continuidad. Dice Bataille al respecto: “[p]or lo demás, la expresión es ambigua, en la medida en que todo erotismo es sagrado; aunque los cuerpos y los corazones nos los encontramos sin tener que entrar en la esfera sagrada propiamente dicha. A la vez, la búsqueda de una continuidad del ser llevada a cabo sistemáticamente más allá del mundo inmediato, designa una manera de proceder esencialmente religiosa”<sup>8</sup>.

Aquí comienza un problema respecto a la distinción de Bataille entre el erotismo y la experiencia sagrada. Para Bataille, el terreno del erotismo es “esencialmente el de la violencia, de la violación [y] lo más violento para nosotros es la muerte”<sup>9</sup>. Es decir, para Bataille, el erotismo está intrínsecamente vinculado con la muerte, con aquello que se presenta como la continuidad misma del ser, con aquello que violenta y aniquila súbitamente la individualidad discontinua. Para el autor, la violencia siempre será la de la reproducción sexual y la muerte, ambos fenómenos excepcionales que insertan en la vida discontinua del individuo toda la continuidad posible. Y el erotismo expresa justo esta puesta en cuestión de la individualidad, esto es, se manifiesta como un “aspecto ‘inmediato’ de la experiencia interior”<sup>10</sup>; pues –en sus palabras– es “*lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser*”<sup>11</sup>.

Esta *puesta en cuestión* es lo que Bataille denomina: *transgresión*, aquel acto que levanta la prohibición del mundo ordenado que confirma la vida del individuo. Y como el mismo filósofo señala: “[l]a prohibición elimina la violencia, y nuestros movimientos de violencia [...] destruyen en nosotros el tranquilo ordenamiento sin el cual es inconcebible la conciencia humana”<sup>12</sup>. En otras palabras, la prohibición configura los límites de lo útil, y la utilidad en la experiencia humana es coercitiva, no puede operar sin el temor a la muerte, con ello se reduce cada singularidad a las prácticas profanas del trabajo. Es con el trabajo y con este miedo profundo a fundirse en lo *otro* hasta perderse que podemos entender, desde su perspectiva, “el proceso de secularización del hombre respecto a la exuberancia de la

---

<sup>8</sup> Bataille, Georges. *El erotismo...*, op.cit, p. 20.

<sup>9</sup> Idem, p. 21.

<sup>10</sup> Idem, p. 33.

<sup>11</sup> Idem, p. 33.

<sup>12</sup> Idem, p. 42.

naturaleza”<sup>13</sup>. No obstante, más allá de lo útil, se encuentran esos breves instantes soberanos en donde se ubica la experiencia de la transgresión, y con ella, de lo sagrado. Es en la transgresión como experiencia que se ubica en los límites de la prohibición, en su exceso, en donde Bataille encuentra el impulso motor del erotismo y de las religiones. Ahora bien, es necesario señalar que la experiencia de la transgresión no aparece como la negación de lo prohibido, sino como su puesta en cuestión y, con ello, como su superación, como su *exceso*. Por ello, podemos decir que la experiencia religiosa y la erótica comparten el terreno de un amor-deseo llevado hasta el extremo: el de la continuidad. Comparten un impulso de muerte.

Y podemos plantear también que todo erotismo, desde la mirada de Bataille, es sagrado, pues es suyo también ese deseo por la continuidad del ser. Dice el filósofo: “[l]o divino es idéntico a lo sagrado [...] Dios es un ser compuesto que tiene, en el plano de la afectividad [...] la continuidad del ser de la que hablo”<sup>14</sup>. Y esta continuidad no puede ser conocible más que bajo una *experiencia*: se trata, principalmente, de una experiencia *negativa*. Con ello, Bataille se acerca a la comprensión de la experiencia sagrada pero a través de la teología negativa, desde donde pone en cuestión a la revelación teológica como ajena a la *experiencia interior* de la que él habla: a diferencia de la revelación teológica, “la experiencia no revela nada, y no puede ni fundar la creencia ni partir de ella [...] La experiencia es la puesta en cuestión (puesta a prueba), en la fiebre y la angustia de lo que el hombre sabe por el hecho de existir [...] no puede más que decir: ‘lo que he visto escapa al entendimiento’”<sup>15</sup>. Y ejemplifica: “La imitación de Cristo: según San Juan de la Cruz, debemos imitar en Dios (Jesucristo) la decadencia, la agonía, el momento de «no saber» del «*lamma sabactani*»; bebido hasta las heces, el cristianismo es ausencia de salvación, desesperación de Dios. Desfallece en cuanto que llega a sus fines sin aliento. No sólo justifica el cielo (la incandescencia sombría del corazón), sino también el infierno (el infantilismo, las flores, Afrodita, la risa)”<sup>16</sup>.

Hablar de Dios más que por negación no significa que se haya introducido una lógica binaria del lenguaje, como explica Zenia Yébenes: en la lógica de la teología negativa de la que habla Pseudo Dioniso se “señala la prioridad de la causa trascendente ante toda oposición categórica y binaria entre la afirmación y la negación”<sup>17</sup>. Esto es, la lógica de la hipernegación apela no sólo a la negación, sino al abandono de sí. Así, la finalidad de una teología negativa no sería sino un no-saber sumergido en la experiencia de un Dios que permanece más allá del conocimiento y más allá del ser. Dice la misma autora: “en ese divino ‘rayo de tinieblas’, oxímoron insuperable dionisiano [se] crea un hueco en el lenguaje, recortando en él el lugar de un indecible. Este conocimiento imposible es el que define el

<sup>13</sup> Bataille, *La religión surrealista. Conferencias 1947-1948*, Buenos Aires, 2008, Los cuarenta, p. 9.

<sup>14</sup> Bataille, George. *El erotismo...*, op.cit, p. 27.

<sup>15</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior... Op. cit.*, p. 14.

<sup>16</sup> Idem, p. 56.

<sup>17</sup> Yébenes Escardó, Zenia. *Figuras de lo imposible. Trayectos desde la Mística, la estética y el Pensamiento contemporáneo*. México, 2007, Anthropos / Universidad Autónoma de México, Cuajimalpa, p. 68.

desconocimiento, el abandono, la desposesión”<sup>18</sup>. De esta forma, si la experiencia sagrada puede revelar algo, este *algo* no será más que la pura ausencia, el silencio. Es el silencio visto como aquello inaprensible, como aquello que señala los límites de la inteligibilidad; es justo éste colocarse en los márgenes del discurso lo que caracteriza la *experiencia interior* dentro del erotismo y lo sagrado en la propuesta de Bataille. La *experiencia interior*, más allá de otros fines fuera de ella, se define por ser ella la finalidad misma. Es una puesta en cuestión a través de una experiencia inexplicable en la que no existe la existencia limitada, aparece tan sólo como un desgarrar del sí mismo en donde ya no hay dominio racional del universo.

En esta experiencia como valor y autoridad en sí misma, se alcanza finalmente la fusión del objeto y el sujeto, siendo –en palabras de Bataille– “en cuanto sujeto, no saber y, en cuanto objeto, lo desconocido”<sup>19</sup>. De esta forma, “el ‘sí mismo’ no es el sujeto que se aísla del mundo, sino un lugar de comunicación, de fusión del sujeto y el objeto”<sup>20</sup>.

Esta fusión revela aquello de lo que hablábamos en las primeras páginas de este ensayo: el tránsito de la discontinuidad de dos seres a su continuidad absoluta. Y en este trayecto, Bataille advierte un viaje hasta *el límite de lo posible* en el que se niegan las autoridades y los valores hasta entonces existentes a través de una violación esencial. Esa violación es la de la carne: “la convulsión de la carne exige un silencio, pide la ausencia del espíritu”<sup>21</sup>. Así, desde la perspectiva del autor, “[l]a *experiencia interior* del hombre se da en el instante en que, rompiendo la crisálida, toma conciencia de desgarrarse él mismo [...] La superación de la conciencia objetiva, limitada por las paredes de la crisálida, está vinculada a esa transformación”<sup>22</sup>.

Es justo en este trayecto de transformación en el que aparece la angustia, el horror ante la posibilidad de transgredir los límites de la prohibición, te encuentras, entonces, naufragando en un punto límite en el cual aún surge efecto la prohibición y, sin embargo, cedés al impulso de su rebasamiento, al deseo. Sin la angustia, dice Bataille, no existiría lo prohibido. Escuchemos al filósofo: “La experiencia interior del erotismo requiere de quien la realiza una sensibilidad no menor a la angustia que funda lo prohibido, que al deseo que lleva a infringir la prohibición. Esta es la sensibilidad *religiosa*, que vincula siempre estrechamente el deseo con el pavor, el placer intenso con la angustia”<sup>23</sup>.

Y lo que se presenta ante la angustia es lo desconocido; pues lo desconocido siempre será la condición del éxtasis. La angustia –dirá el autor– es miedo a perder, resistencia al deseo de poseer; es

---

<sup>18</sup> Idem, p. 69.

<sup>19</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior...* op.cit, p. 19.

<sup>20</sup> Idem, p. 19.

<sup>21</sup> Idem, p. 111.

<sup>22</sup> Idem, p. 43.

<sup>23</sup> Idem, p. 43.

frenarse ante la posibilidad de comunicación, ante un intenso deseo pero que da horror. Por ello, dirá Bataille, si logramos engañar a la necesidad de poseer y a la angustia, de inmediato, vendrá el éxtasis.

De esta forma, la violencia de lo desconocido, de la muerte, la transgresión que motiva a la experiencia erótica y religiosa, tiene un doble sentido: por un lado, un horror vinculado al apego a la vida y, por otro, la fascinación a su elemento terrorífico, el éxtasis ante la muerte. Es en esta tensión en donde se sitúa, precisamente, la tentación; aquel aspecto fascinante y angustiante del situarse en los límites de lo prohibido.

Bataille pone especial énfasis en el análisis de la experiencia de lo prohibido desde dos distinciones históricas. La primera de ellas es situada en sociedades arcaicas en las que, a través del *sacrificio*, la transgresión se experimenta como parte de lo divino. La segunda distinción hace referencia al cristianismo en donde la transgresión será *condenada*, es decir, transformada en pecado. Es en esta última manifestación en la que se centrará nuestra reflexión.

Para Bataille, observar lo sagrado es reflexionar en torno al objeto de prohibición, es decir, la prohibición señala negativamente la cosa sagrada, es por ello que lo divino se convierte en objeto atravesado por una paradoja fundamental: se convierte en objeto de *deseo* y de *pavor*. Tanto la prohibición como la transgresión “responden a esos dos movimientos contradictorios: la prohibición rechaza la transgresión, y la fascinación la introduce”<sup>24</sup>. Y de esta experiencia paradójica no puede sino emerger la angustia ante lo prohibido, aquella que provoca la náusea o el horror. Sin embargo, es a partir de la superación de la náusea que deviene, así, el *goce* de la *experiencia interior*. Dice Bataille: “[e]l éxtasis se funda en la superación del horror”<sup>25</sup> y esta superación, dentro del cristianismo, se manifiesta como el pecado, la falta, algo que no debiera ocurrir. Es, entonces, el horror el que define un límite inmediato para llegar hasta el final del éxtasis, del goce: “no es que el horror se confunda alguna vez con la atracción, pero sí no puede inhibirla o destruirla, *el horror refuerza la atracción*”<sup>26</sup>.

Es a través de la tensión entre el horror y la atracción, la náusea y el deseo, que se llega a un punto límite de decisión en donde el que se somete a la experiencia sagrada tendrá que exponerse a la crisis y a la confrontación. El santo –escribe Bataille– “no busca la eficacia. Lo que le anima es el deseo, y sólo el deseo: en eso se parece al hombre del erotismo”<sup>27</sup>. Y su tentación “es el deseo de desfallecer y de prodigar las reservas disponibles hasta el límite en que se pierde pie”<sup>28</sup>.

Esta experiencia y el tránsito para poder llegar a ella será, en adelante, el centro de nuestra atención. Como hemos podido ver, la experiencia sagrada aparece como una vivencia que, de antemano,

---

<sup>24</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*...op.cit., p. 72.

<sup>25</sup> Idem, p. 73.

<sup>26</sup> Idem, p. 273.

<sup>27</sup> Idem, p. 261.

<sup>28</sup> Idem, p. 245.

se dibuja como incomprensible y que “a través del exceso excede el fundamento”<sup>29</sup>, es decir, rebasa las posibilidades de la palabra o se sustrae al silencio. Para poder acercarnos un poco más a ella acudiremos, a algunos fragmentos del texto escrito por Alfredo Ruy Sánchez llamado *Los demonios de la lengua*, en el cual se intentan transmitir las experiencias místicas que viven algunos sacerdotes de España en la época medieval. A través de sus descripciones intentaremos acercarnos, aunque de manera precaria, al fenómeno de la tentación del que habla Bataille.

Ruy Sánchez nos narra la experiencia de un sacerdote jesuita dentro de un monasterio: “Caminaba fijando en los ojos el menor resplandor de la luna en el agua, el más leve roce de las hojas secas. Cuando se daba cuenta del placer que le daban el agua, las hojas, el viento, apretaba los dientes y por medio de oraciones convertía el placer en culpa, hasta que una distracción lo hacía gozar de nuevo cualquier sonido breve (un pájaro que pasaba o el crujido de la arena bajo los pies) y comenzaba de nuevo, con culpa acrecentada, sus oraciones [...] Con sus oraciones lograba que las pasiones giraran alrededor de un sentimiento de culpa intermitente que lo hacía más o menos feliz pidiéndole a dios perdón hasta de habérselo pedido”<sup>30</sup>.

Acceder a lo divino a través de todas sus formas compromete a la experiencia sensible del sujeto deseante. Esto es, lo que caracteriza a la tentación es la transformación de lo divino inteligible en lo divino sensible, sin embargo –como nos muestra la narración– parte de la experiencia religiosa consiste en la resistencia a la experiencia misma a través de la culpa. Y la culpa emerge como un deseo controlado, o por lo menos como la pretensión de control, surge como una renuncia que representa la condición para no gozar más de la transgresión. En este sentido es que la experiencia sagrada renuncia a la sensualidad pretendiendo su cálculo, intentando reducir la experiencia a movimientos del ámbito interno de la conciencia sin la intervención real de los cuerpos. No obstante, Bataille continúa cuestionándose al respecto. Si el cristianismo tiene las posibilidades de acceder a una *experiencia desbordante* esto es gracias a su pretensión de indiferencia y desapego ante la vida misma, antes que al estado calculable de las experiencias. Esta vivencia contradictoria –dice el autor– “resuena en la ley evangélica: -para alcanzar la vida divina, hay que pasar por la muerte’. Es decir, ‘para vivir hay que morir’ [y, en este sentido,] esta moral no está basada en la garantía de la vida social e individual que nos dan los ‘preceptos principales’, sino en la pasión mística, que lleva al hombre, con miras a una vida divina, a morir para sí”<sup>31</sup>.

Este *morir para sí* se ve reflejado claramente en los estados teopáticos de los que hablan los místicos. Los estados teopáticos, describe Bataille, “se caracterizan por un desapego respecto del mantenimiento de la vida, de la indiferencia frente a cuanto tiende a asegurarla, de la angustia

---

<sup>29</sup> Idem, p. 289.

<sup>30</sup> Ruy Sánchez, Alberto. *Los demonios de la lengua. Una historia secreta sobre las tentaciones*. México, 1997, Punto de Lectura, p. 60.

<sup>31</sup> Bataille, Georges. *El erotismo...* op.cit., p. 235.

experimentada en esas condiciones hasta el instante en que zozobran las potencias del ser, y por fin de la apertura a ese movimiento inmediato de la vida que habitualmente está comprimido, y que se libera de repente en el desbordamiento de un infinito gozo del ser”<sup>32</sup>.

Entonces, el autor vuelve a cuestionarse “si una resolución basada en un cálculo, en particular una renuncia, es conciliable con el estado de indiferencia que rige las posibilidades de la vida mística”<sup>33</sup>. Pues, aunque a través de la resolución calculada sea posible alcanzar este estado, si alguien lo consiguió – afirma Bataille– “fue *a pesar* de su cálculo, y *a pesar* de su resolución”<sup>34</sup>.

Para continuar con esta reflexión me gustaría regresar a la narración de Ruy Sánchez: “No es necesario explicar que al terminar cada noche su paseo, el predicador sentía una excitación envolvente [...] [aquella noche] entre los arbustos que ocultaban la orilla del agua, una sonrisa aguda brincó entre las hojas y le picó el oído. Ese sonido le hizo sentir que su espíritu estaba en peligro [...] La luz de la luna pintaba con los mismos resplandores los hombros mojados, los muslos y el agua. Vio las alas blancas, enormes, que levantadas separaban las plumas, barrían el aire. El jesuita miraba quieto, rezaba sin palabras”<sup>35</sup>.

Fue *a pesar* de sus rezos, de sus constantes súplicas que al sacerdote se le manifestó aquel objeto, una visión sensible que se colocaba en los límites de lo inteligible. Aquel objeto envuelto en lo desconocido, en el rezo sin palabras, era el objeto de su deseo, era aquello que se hurtaba a su conocimiento y, con ello, a la voluntad de su posesión. Éste era el objeto de su tentación. Pues lo desconocido –señala Bataille– seduce, deslumbra con su belleza, pero se escapa si se quiere poseer, se escapa si se intenta conocer al objeto en lugar de entregarse a la comunicación, aquella en la que “se ablanda el sentimiento de sí, en donde en el exceso del deseo nos entregamos”<sup>36</sup>.

La experiencia de la tentación es una experiencia erótica, aquella que manifiesta la violencia de lo incognoscible pero deseado. Es por esto que la visión que se le presenta al jesuita en el relato es una imagen erótica pues, como señala Bataille: “el erotismo es alrededor nuestro tan violento, embriaga los corazones con tanta fuerza –para acabar, su abismo es tan profundo en nosotros– que no hay escapatoria celeste que no adopte su forma y su fiebre”<sup>37</sup>. En la narración, la fiebre de esta imagen erótica empuja al sacerdote a la tentación, lo acorrala en el instante de la decisión: mantenerse en la posesión del objeto, conocerlo, implorar por su “salvación” o, simplemente, entregarse a la experiencia y desbordarse a sí mismo. En este instante la sensualidad, el erotismo, se confrontan con la voluntad de renuncia del religioso y, con ello, se manifiesta el punto culmen de la tentación, como señala Bataille:

---

<sup>32</sup> Idem, pp. 251-252.

<sup>33</sup> Idem, p. 255.

<sup>34</sup> Ibid.

<sup>35</sup> Ruy Sánchez, Alberto. Op, cit., pp. 61-62.

<sup>36</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior...* op.cit., p. 147.

<sup>37</sup> Idem, p. 129.



“[l]a particularidad de la tentación es que lo divino ha dejado de ser *sensible* bajo su forma mística (ya sólo es ininteligible). Lo divino *sensible* en aquel instante es de orden sensual, demoniaco si se quiere y este demoniaco-divino, este divino-demoniaco propone lo mismo que el Dios hallado en la experiencia mística propone, y le propone más profundamente, puesto que el religioso preferiría la muerte real a caer en la tentación”<sup>38</sup>.

Sigamos, nuevamente, el hilo de la narración de Ruy Sánchez: “en ese momento [sintió] que dios le mostraba el camino más corto para llegar a su reino, y que desearse en el ángel sería desearse en dios. Ya no pensaba nada más, estaba fuera de sí, respirando un aliento ajeno [...] Sin descifrar claramente lo que estaba viendo, comenzó a tomar de nuevo conciencia de su cuerpo y se encontró con que tenía en la mano su propio cuello de cisne erecto, y angustiado estrangulaba su vuelo [...] En la agitación que siguió y fuera de sí mismo, al monje le vino por un instante la sensación de que ahí, tirado en el suelo, apuñalaba a un cisne que quería violarlo. Luego, él mismo era un cisne que violaba al ángel y, finalmente, él había sido el ángel”.

En este momento la distinción entre el objeto de deseo y el propio sujeto que lo “posee” se ha disuelto, el sujeto y el objeto se han perdido en la propia experiencia de su desbordamiento. Pues, como señala Bataille: “el movimiento anterior al éxtasis del no-saber es el éxtasis ante un objeto [...] el deseo de la existencia así disipada en la noche recae en un objeto de éxtasis. El espectáculo deseado, el objeto, en espera del cual la pasión se exorbita, es aquello por lo cual «muero porque no muero»”. Sin embargo, el objeto se desvanece y la noche se presenta, entonces, dice el autor: “Repentinamente lo sé, lo adivino a gritos, ¡no es a un objeto, sino a ELLA a quien esperaba! Si no hubiera buscado el objeto, nunca la habría encontrado”<sup>39</sup>. En el éxtasis –exclama Bataille– ya no hay sujeto-objeto, sino *brecha distendida* entre uno y otro, *brecha* en la que ambos se disuelven y queda el paso a la comunicación, ya no hay distinción entre uno y otro. Así “las preguntas del sujeto, su voluntad de saber, han sido suprimidas: el sujeto ya no está, su interrogación ya no tiene sentido ni principio que la introduzca. De igual modo, ninguna respuesta es ya posible. La respuesta debería de ser «tal es el objeto», cuando ya no hay objeto distinto”<sup>40</sup>. En esta brecha tan sólo hay desnudamiento y ante el desnudamiento la angustia, el horror que se da en la entrega y el éxtasis. Lo que aparece, entonces, es la existencia –diría Bataille– la profunda noche de la existencia “desde el punto que ésta no es un corpúsculo replegado sobre sí mismo, sino una ola de vida que se pierde”<sup>41</sup>.

---

<sup>38</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*...op.cit., p. 242. En el cristianismo –señala Bataille– la salvación *fue* el único medio de disociar el erotismo (la consumación báquica de los cuerpos) y la nostalgia de existir sin aplazamientos, fue la forma de discernir entre el proyecto y la experiencia del ser sin demora.

<sup>39</sup> Bataille, Georges. *La experiencia interior*...op.cit., p. 132.

<sup>40</sup> Idem, p. 69.

<sup>41</sup> Idem, p. 127.

Una ola de vida que se pierde es padecer la vida en sí, es llegar a su punto más extremo: es la entrega y la disolución. En este instante es en el que se manifiesta el deseo de morir, pero al mismo tiempo de vivir en los límites de lo posible, y en el que *a su pesar* puede manifestarse *la experiencia interior* a través de distintas vías de transgresión. Como dice Bataille: “‘Es el deseo de vivir dejando de vivir o de morir sin dejar de vivir’ que Santa Teresa describió: ¡que muero porque no muero! Pero la muerte por no morir no es precisamente la muerte, sino el estado extremo de la vida”<sup>42</sup>. Es vivir de forma más violenta, tan violenta que pudo decir que estuvo en el límite de la muerte. “Existe un campo en el que la muerte ya no sólo significa la desaparición, sino el trance intolerable en el que desaparecemos *a nuestro pesar*, cuando *a cualquier precio* no habría que desaparecer. Es precisamente por este *a cualquier precio*, por este *a nuestro pesar* por el que se distingue el movimiento del inmenso gozo y del éxtasis innominable pero maravilloso. Si no hay nada que nos supere, que nos supere a pesar nuestro, obligándonos *a cualquier precio* a no ser, no alcanzamos el momento *insensato* al que tendemos y que al mismo tiempo rechazamos con todas nuestras fuerzas”<sup>43</sup>.

En estos trances en los que parece que morimos, porque el sentido ya no está en nosotros más que como exceso, es cuando “coinciden la plenitud del horror y la del gozo”<sup>44</sup>. Esta es la *experiencia interior* descrita por Bataille, aquella que aparece siempre tras la tensión entre la tentación y su desbordamiento. Y que posibilita, tras el existir mismo, quebrantar los sentidos normados y, tal vez, crear nuevos sentidos del mundo.

Recibido: 31/10/14

Aceptado: 16/12/14

---

<sup>42</sup> Bataille, Georges. *El erotismo. Op. cit.*, p. 242

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 274

<sup>44</sup> *Ibidem*